

la vez la tragedia sin salvación de quien todo lo recibe en su silencio porque su vinculación con el destino solo tiene salida cada vez que se sumerge en el río, en "el agua purificadora de rencores pretéritos", donde puede ella, que ha sido cocinera, nodriza, vendedora de lotería, dependiente de almacén y modista, restañar las profundas heridas que le ha brindado la vida.

Al lado de Isabel, en este cuenco literario de un destino fatal y sin salida, por su lado, que es por igual el lado de todos los que han venido a integrarse y a vivir este territorio, están las voces, las historias que entran a su bar La "Panameña". Nadie sabe quién dirá las palabras. Las palabras están ahí, en el papel, como para que se sepa que es de todos. "Así habló alguien, en la tienda de Rosa Isabel". De inmediato comienza la descripción de lo que todos se suponen han de saber por ser parte de los vasos comunicantes de un discurso que les es común. Sin embargo, la descripción del buzo cuando es sacado de su escafandra es como para que todos sepan y nunca olviden lo que significó el fin de la vida bajo el mar: "Despojado de la férrea vestidura, una flor de sangre brotó desde su boca. Y todo él se dobló, vencido por el peso infinito de la muerte".



La propuesta de Martín Góngora lleva a que en el Pacífico hay otro tipo de muerte que pasa más allá de las circunstancias accidentales que sufrió el buzo. Se trata de la integración a la selva, donde la individualidad se disuelve como para que todos en el poder verde del mar queden absorbidos como la chispa en el fuego del nirvana. Las aguas llaman, el tibio rumor de las olas reiteran en su cadencia. El mar con sus aromas contribuiría a la enajenación de los sentidos, a esa embriaguez sin

vino que frente al mar envolvía al holandés. Vivir en el Pacífico es un estado de arrebató místico: "Como el pez cautivo de una naturaleza muerta, al que por un milagro, de improviso, devolvieron a su líquido imperio. Él no tenía ya memoria de tan sutiles reflexiones, porque advertía en su sangre un rumor desesperado de adioses".

ÁLVARO MIRANDA

Una prosa tensa e intensa

Tamerlán

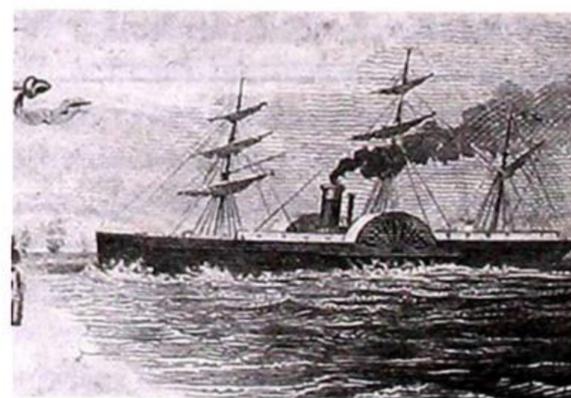
Enrique Serrano López

Seix Barral, Bogotá, 2003, 280 págs.

La literatura contemporánea es en buena parte una literatura de modas. Basta con que un autor tenga éxito de ventas con una obra sobre un tema determinado, para que durante ese mismo año aparezcan veinte obras distintas con los mismos ingredientes del *best seller* aludido, cuyos autores "casualmente" estaban trabajando en el mismo asunto. Así, las librerías y las editoriales funcionan a base de migratorios *microbooms*, que tienen una esperanza de vida igual al tiempo que se necesita para saturar de un tema a los lectores. Aunque cada *microboom* tiene una o dos obras mayores que seguramente serán leídas dentro de varios decenios, la gran mayoría de las obras son tan efímeras como el *microboom* en que nacieron, pues las más entre ellas surgieron del mismo ánimo mercenario que ostentan las editoriales particulares que financian esos "fenómenos del mercado" de nuestros días.

En resumen, al parecer la industria editorial descubrió que, antes incluso que autor o estilo, lo que vende es el tema. Así, tenemos el fenómeno del narcoterrorismo, por lo que ya podemos hablar —sin importar lo terrible que suene— de una

"literatura sicaríesca colombiana". En Francia, por su parte, está la literatura sobre temas sexuales, generalmente "autobiográfica", donde las editoriales compiten con orgías e incestos por el "escándalo del año", dado lo cual inundan el mercado con publicidad y artículos periodísticos desde antes de que el libro mismo esté listo. Dentro del mismo orden estaría la literatura de autosuperación, pionera de los *microbooms* y la mayor en ventas (así como la menor en calidad). Finalmente, para dar un último ejemplo, está la "novela histórica", un género que llena numerosos estantes de las librerías contemporáneas, y que constituye un caso bastante particular, pues tiene antecedentes tan ilustres como Stefan Zweig —inclusive, de alguna manera, el mismo Shakespeare—, pero en nuestros días se ha convertido en un género producido en forma industrial, con unas reglas fijas que buscan satisfacer a la media de los lectores y, por lo tanto, con una calidad literaria generalmente baja... Es decir, aunque la "novela histórica" tiene una tradición de larga data a sus espaldas, sólo en nuestros días se ha convertido en un *microboom*.



La maldición de las modas literarias ha hecho que muchos lectores, cuando estamos en una librería curioseando entre los estantes, compremos libros sólo si sabemos que no son parte de un *microboom*. Por eso, quizá lo primero que podríamos decir de la novela *Tamerlán* de Enrique Serrano es asegurarle al lector exigente que NO pertenece a ningún *microboom*... Si la mayoría de las obras de las modas literarias son chicles que se mastican un rato y luego se botan sin que dejen nada

en el estómago y sólo un sabor artificial en la boca, *Tamerlán* es una cena pesada, que sólo se puede disfrutar a plenitud si se ponen los cinco sentidos en ella. Es más: es una novela que reflexiona sobre temas inaprensibles, provocando más dudas que respuestas en el lector (lo cual es, en definitiva, lo que caracteriza a la gran literatura).



Dado que *Tamerlán* es una novela que tiene como base una figura histórica (Timur Leng: “el cojo de hierro”, fundador del imperio timúrida, más conocido en Occidente como Tamerlán), resulta interesante compararla con las obras del *microboom* de la “novela histórica”, las cuales suelen tener varios elementos en común, que no son, sin embargo, característicos de la obra de Serrano. Primero, las “novelas históricas” suelen tener una estructura lineal o cuando más circular (uno de los recursos más comunes es que el personaje está a punto de morir o de ser coronado —que para el caso es lo mismo— y recuerda su vida); la estructura de *Tamerlán*, en cambio, está construida con base en una serie de cartas donde el tiempo

salta de acuerdo con los caprichos del remitente. Segundo, la acción en las “novelas históricas” ocupa un lugar central, pues son el choque de las espadas, los suspiros de las cortesanas o las conspiraciones palaciegas los que mantienen despierto al lector; en *Tamerlán* las batallas, los romances y la intriga política misma son tratados con una mirada contemplativa, como si su función fuera tan sólo servir como ejemplos del tema sobre el cual se reflexiona. Tercero, la psicología de los personajes en las “novelas históricas” es, cuando más, superficial, por lo cual los personajes resultan caricaturescos; en *Tamerlán*, como sucede en toda novela psicológicamente compleja, los personajes nunca acaban de ser transparentes ni sus acciones completamente explicables. Cuarto, el exotismo, que es uno de los “ganchos” de la “novela histórica”, aunque presente en *Tamerlán*, cede paso en la obra de Serrano a aspectos que trascienden lo local. En cuanto al quinto elemento, las fanfarrias de la gloria, ese aliento épico tan presente en la “novela histórica” común, es de hecho puesto en entredicho en *Tamerlán*, pues al fin y al cabo ésta es la novela de un hombre inmenso que fue capaz de construir un reino de la nada, pero también la historia de la fugacidad de los imperios, de lo efímero de nuestras construcciones, pues aun cuando Tamerlán fue capaz de vencer durante su vida, fue incapaz de garantizar un futuro para su obra después de su muerte.

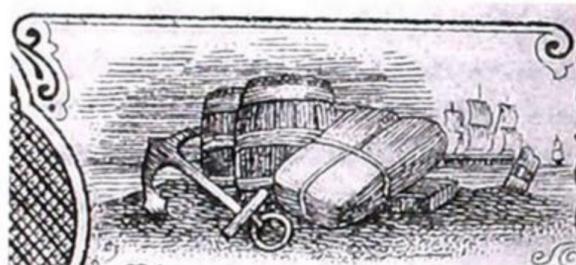
Sólo el tiempo nos podrá confirmar lo que ya sabemos en el fondo de nuestras almas, esto es, que el imperio es inútil y que las fuerzas que lo conformaron son las mismas que lo harán fenecer. La sucesión del trono del Khanato Chagatai y de sus casi infinitos reinos tributarios supera nuestras fuerzas y las de nuestros hijos sin remedio. Sé que perderemos lo que hemos ganado y que pronto seremos avasallados por los que hoy gobernamos. Quien ha llegado a la cima ya no puede continuar allí; esa gloria tiene que ser

para otros y renunciar a ella con nobleza y alegría es un gesto majestuoso y conveniente. Timur lo sabía perfectamente y por eso su semblante severo reflejaba también una tranquila resignación, que no se subleva frente a lo inevitable. Lo que no puede ser no debe ser. Desearlo es pura insensatez. [pág. 189]

De hecho, entre las reflexiones que *Tamerlán* intenta provocar en el lector, hay una que sobresale: ¿porta la grandeza su propia ruina? Un recorrido por la historia nos muestra que es un hecho frecuente: el enorme imperio de Alejandro Magno, como el de Tamerlán, se descompuso casi con tanta rapidez como el cuerpo del conquistador macedonio, muerto a sus 33 años. Para mantener sano a un imperio se necesita una provisión constante de hombres de espíritu gigante, que por su misma grandeza no son comunes (por ello podemos decir que Bruto y Casio tuvieron razón al asesinar a Julio César cuando trataba de coronarse emperador: la república es el mejor gobierno ante la realidad de la medianía de los hombres). Pero en *Tamerlán*, Serrano no se contenta con dar ejemplos sucintos del fracaso de los imperios —como acaba de hacer el autor de esta reseña—, sino que nos hace experimentar el peso de ese fracaso, sentir en carne propia la condena de los esfuerzos humanos, así como palpar la grandeza innata: el hecho de que para algunos, contados seres humanos, la ascensión es algo tan seguro como la muerte... *Tamerlán* es, pues, una novela sobre el destino.

La estructura misma de la novela enfatiza eso. *Tamerlán* está construida como una novela epistolar, donde todas las cartas provienen del mismo remitente. Una recopilación de cincuenta y dos cartas que Koagin, sirviente de Tamerlán, le escribe por orden de su señor a Muhammad, nieto del conquistador, durante un periodo de un año. Cada carta tiene siempre tres partes relacionadas entre sí: primero, un epígrafe con un motivo astrológico; segundo, un exordio donde el

sabio Koagin resume su visión sobre determinado tema (la ciencia, la fuerza de los débiles, lo impredecible, etc.) a modo de enseñanza para Muhammad; y tercero, la narración de la vida de Tamerlán propiamente dicha, que, más que seguir una línea temporal, aglutina las distintas acciones del conquistador en torno de un mismo asunto a lo largo del tiempo. Esto es, luego del "Exordio sobre la probidad", se habla de cómo Tamerlán organizó la administración del imperio; luego del "Exordio sobre la amistad", se habla de la soledad del conquistador; luego del "Exordio sobre la ciencia", se habla de cómo Tamerlán buscó atraer a los hombres más sabios de su tiempo a Samarcanda, capital de su imperio, etc.



Uno de los puntos más fuertes de la novela es la posibilidad de leerla con múltiples miradas. Una primera lectura como obra sobre la figura del gran conquistador turco-mongol es ciertamente posible, lo cual nos permite acercarnos a esta figura de grandes dimensiones históricas pero relativamente poco conocida en nuestro medio (quizá, precisamente, por lo efímero de su vasto imperio). Un admirador de los pueblos islámicos seguramente podrá hacer una segunda lectura, dado que la obra está estrechamente vinculada con el sometimiento a la voluntad divina que caracteriza a tales sociedades (así como su respeto por la sabiduría del estudioso y su relación con el poder de la figura carismática). Pero también es posible hacer una tercera lectura, que vincula a Tamerlán con antiguos libros de sabiduría oriental, como *El arte de la guerra* de Sun-Tzu y *El camino del samurái* de Daidôji Yûzan, así como algunos textos sufíes, donde la intención es hacer un compendio de "estrategia ante la vida", que sirva al lector no sólo para enfrentar retos

militares, sino inclusive planear concientemente desde su vida cotidiana hasta sus afectos con base en ciertas líneas de conducta generales. Después de todo, la intención de Tamerlán, en la novela, al ordenar a Koagin que le escriba a su nieto, no sólo es que éste tenga una imagen más exacta de su abuelo de la que podrían darle sus admiradores y detractores, sino también para que el heredero aprenda en las cartas de Koagin algunas lecciones sobre el arte de gobernar.

La prosa misma de Serrano, sin duda uno de los escritores latinoamericanos más prometedores del momento, completa el cuadro de Tamerlán. Una prosa constantemente tensa (intensa), donde el anticlímax es un elemento poco usado, lo que, al mismo tiempo que implica un nivel de atención mayor al que requieren otros escritores, nos recompensa con el hallazgo en cada página de frases excepcionales, desde aquella que comienza la primera carta ("Ésta es la historia del hombre que Allah creó para exhalar su ira" [pág. 15]), pasando por frases sueltas que parecen máximas ("La lengua ahorca a quien se anuda el cuello con ella" [pág. 19]), y descripciones de personajes que alcanzan a rozar lo universal ("Sus madres y sus hermanos lo admiraban y temían porque siempre produce inmensa inquietud quien sabe lo que quiere" [pág. 28]).



Precisamente porque *Tamerlán* es una obra tan completa, sería bueno que de hacerse una segunda edición se corrigieran algunos gazapos (hay dos afirmaciones que se contradicen en torno de la fecha de nacimiento de Tamerlán; tampoco resulta claro si Muhammad es hijo o sobrino de aquel que sustituye al conquistador en el trono). Igualmente hay algunos errores de diagramación. Pero éstos son sin duda fallos menores, que no afectan gran cosa el todo de

la obra ni disminuyen el placer de leerla, por lo cual no son impedimento para afirmar que *Tamerlán* es una excelente novela.

Hay, además, un "valor agregado" en *Tamerlán* que no es posible dejar de mencionar... Son pocos los escritores colombianos que, como Álvaro Mutis y Pedro Gómez Valderrama, se hayan interesado por explorar temas de culturas foráneas, pues la literatura colombiana está en general apegada estrechamente a lo local. En *Tamerlán*, Serrano se interesa por narrar hechos que sucedieron hace seis siglos en Asia y África, además de jugar con preguntas existenciales (una tendencia que, por cierto, ya se manifestaba en sus obras anteriores). Eso lo convierte en un escritor con temas poco comunes en nuestro panorama literario y le otorga la virtud de la independencia personal, lo cual sin duda lo llevará a obsequiarnos en el futuro con nuevas y valiosas sorpresas.

ANDRÉS
GARCÍA LONDOÑO

Alta traición

Los informantes

Juan Gabriel Vásquez

Alfaguara, Bogotá, 2004, 402 págs.

Tras el debut precoz que significó *Persona* (1997), la fallida —quizá necesariamente fallida— *Alina suplicante* (1999) y el virtuosismo del volumen de cuentos *Los amantes de Todos los Santos* (2001), Juan Gabriel Vásquez publica su tercera novela, titulada *Los informantes*, novela que supera con madurez el alto nivel alcanzado como narrador en su ópera prima y obliga a pasar por alto los logros relativos y los errores de su segunda obra. Vásquez ha publicado además cuentos en diversas revistas y antologías, algunas traducciones, así como el volumen *Joseph Conrad, el hombre de ninguna parte* (2004).